

3º DOMINGO DE PASCUA / A

Tema

La liturgia de este domingo nos invita a descubrir a ese Cristo vivo que acompaña a los hombres por los caminos del mundo, que con su palabra anima los corazones afligidos y desolados, que se revela siempre y que la comunidad de los discípulos se reúne para “partir el pan”; apela, además, a que los discípulos sean testigos de la resurrección ante los hombres.

Es en el Evangelio, sobre todo, donde este mensaje aparece de forma nítida. El texto que se nos propone pone a Cristo, vivo y resucitado, caminando al lado de los discípulos, explicándoles las Escrituras, llenándoles el corazón de esperanza y sentándose con ellos a la mesa para “compartir el pan”. Es ahí donde los discípulos lo reconocen.

La primera lectura muestra (a través de la historia de Jesús) cómo del amor que se hace donación a Dios y a los hermanos, brota siempre resurrección y vida nueva; e invita a la comunidad de Jesús a testimoniar esa realidad delante de los hombres.

La segunda lectura invita a contemplar con ojos limpios el proyecto salvador de Dios, el amor de Dios por los hombres (manifestado en la cruz de Jesús y en su resurrección). Constatando la grandeza del amor de Dios, aceptamos su llamada a una vida nueva.

1. Primera Lectura: Lectura de los Hechos de los Apóstoles 2, 14. 22-28

El día de Pentecostés, se presentó Pedro con los once, levantó la voz y dirigió la palabra: Escuchadme, israelitas: Os hablo de Jesús Nazareno, el hombre que Dios acreditó ante vosotros realizando por su medio los milagros, signos y prodigios que conocéis. Conforme al plan previsto y sancionado por Dios, os lo entregaron, y vosotros, por mano de paganos, lo matasteis en una cruz. Pero Dios lo resucitó rompiendo las ataduras de la muerte; no era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio, pues David dice: Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. Por eso se me alegra el corazón, exulta mi lengua y mi carne descansa esperanzada. Porque no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. Me has enseñado el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia.

1.1 Ambientación

Este texto nos sitúa en la mañana del día de Pentecostés, en Jerusalén. La comunidad cristiana transformada por el Espíritu, dejó la seguridad de las paredes del cenáculo y se preparó para dar testimonio de Jesús, en Jerusalén y hasta los confines del mundo. En ese contexto, Lucas pone en boca de Pedro, el portavoz de los Doce, un discurso, que constituyó el *primer anuncio* de Jesús (“kerigma”) a los habitantes de la ciudad y a todos los que se encontraban allí para celebrar la fiesta judía de “Shavu’ot” (“Pentecostés”, fiesta celebrada cincuenta días después de Pascua, y en la cual se ofrecían a Dios los primeros frutos de la tierra. En la época neotestamentaria, celebraba la “alianza” y, sobre todo, el don de la Ley al Pueblo de Dios, en la montaña del Sinaí).

Este discurso, puesto en boca de Pedro, no es la reproducción literal de un discurso realizado por Pedro junto al cenáculo, el día de la fiesta de Pentecostés, sino que es un discurso construido por el autor de los Hechos de los Apóstoles, que reproduce, en parte, la predicación que la primitiva comunidad cristiana hacía sobre Jesús.

Este discurso es muy semejante a otros discursos del libro de los Hechos (cf. Hch 3,12-26; 4,8-12; 10,34-43; 13,16-41). En cualquiera de ellos, aparece siempre el núcleo central que procede del *kerigma* primitivo y el resumen: presentación breve de la actividad de Jesús, anuncio de su muerte y de su resurrección y salvación que de ahí brota. Pero de la misma forma que el texto no reproduce exactamente la predicación de Pedro en el día de Pentecostés, sí reproduce la fórmula más o menos consagrada del *kerigma* primitivo y la catequesis que la comunidad cristiana primitiva acostumbraba a presentar sobre Jesús.

1.2 Mensaje

El texto que se nos propone resume, pues, los datos fundamentales de la catequesis cristiana primitiva: Jesús pasó por el mundo realizando gestos que testimoniaban la acción de Dios y su propuesta de salvación para los hombres (v. 22); la propuesta de Jesús chocó con el rechazo del mundo y él murió en la cruz (v. 23); sin embargo, Dios lo resucitó, mostrando que una vida gastada al servicio del proyecto de Dios no puede terminar en fracaso, sino que lleva a la resurrección, a la vida plena (v. 24). Pedro es aquí, el portavoz de esa comunidad que da testimonio de la oferta de salvación que Jesús vino a realizar y que recibió de Él la misión de anunciarla a los hombres de toda la tierra.

Este *primer anuncio* va dirigido a los judíos que conocen las Escrituras y las promesas de Dios. Por eso, Lucas va a utilizar argumentos sacados de la propia Escritura para presentar la catequesis sobre Jesús. En concreto, Lucas cita Salmo 16,8-11 (vv. 25-28) atribuido, aquí, a David: se trata de uno de esos textos raros del Antiguo Testamento donde se vislumbra la victoria de la vida sobre la muerte. El razonamiento del autor de este discurso es el siguiente: David habló de un “amigo” de Yahvé que había de vencer a la muerte; no era el mismo David pues, como todos saben, él murió. Se trataba, sin duda, de ese descendiente de David que, según la promesa de Dios, habría de heredar el trono de su padre y establecer el reino eterno (cf. 2Sm 7,12-16). Era a ese rey, de la descendencia de David, a quien los judíos llamaban “Mesías” (“ungido”); era ese rey, de la descendencia de David que alimentaba la esperanza de Israel y que era esperado ansiosamente. La conclusión es clara: Jesús es ese que venció a la muerte; por tanto, es el hijo de David, el heredero del trono ideal de David, el Mesías que Israel esperaba. Tenemos aquí, por tanto, el testimonio de la comunidad cristiana de Jesús, el Mesías, enviado al mundo para cumplir el plan de Dios, esto es, para liberar a los hombres y para instaurar un Reino de justicia, de abundancia, de paz. La victoria de Jesús sobre la muerte y su exaltación atestiguan que él es ese Mesías, enviado por Dios con una propuesta de salvación para los hombres. Los cristianos son los testigos de esto ante todo el mundo. Por ahora, ese testimonio se realiza en Jerusalén; pero Lucas irá describiendo, a lo largo del Libro de los Hechos, la forma como el anuncio sobre Jesús va a ir conquistando el mundo, hasta alcanzar el mismo corazón del imperio (Roma).

1.3 Actualización

Considerad los siguientes aspectos:

■ Nuestro texto insiste en un mensaje que, en estos días, aparece con gran insistencia: Dios resucitó Jesús y no permitió que la muerte lo derrotase. La resurrección de Cristo prueba que una vida gastada al servicio del plan del Padre, en la entrega a los hombres, no condujo al fracaso, pero la resurrección, la exaltación, la vida plena. Es conveniente que recordemos esto, siempre que nos sintamos desilusionados, decepcionados, fracasados, derrotados, criticados, por que hemos gastado la vida en una dinámica de servicio, de entrega, de amor. Una vida que se hace don nunca es un fracaso; una vida vivida de forma egoísta y autosuficiente, al margen de Dios y de los demás, es la que es un fracaso, pues no lleva a una vida plena.

■ Otra idea, que está bien señalada en nuestro texto, es la del testimonio. Pedro es el portavoz de una comunidad que conoció y aprendió la propuesta de salvación que Cristo vino a traer y que se siente, ahora, investido de la misión de dar testimonio de ella ante los hombres, ante todos los hombres. La Iglesia, de la cual formamos parte, es hoy, en el mundo, el testigo de la propuesta de salvación que Cristo hace; ella debe decir a todos los hombres lo que sucedió con Cristo y cómo nos mostró que la vida plena es fruto del amor y de la entrega de la misma. ¿Nos sentimos investidos de esa misión? Los hombres desilusionados y desorientados, encuentran en nosotros, testigos de Cristo resucitado, una propuesta de vida definitiva y de realización plena? ¿Somos nosotros los que contagiamos al mundo y le ofrecemos una alternativa a la desilusión, o es el mundo el que nos convence para vivir de acuerdo con valores diferentes de los de Jesús?

Salmo 15 Señor, me enseñarás el sendero de la vida.

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti; yo digo al Señor: «Tú eres mi bien.» El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano.

Bendeciré al Señor que me aconseja; hasta de noche me instruye internamente. Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa serena: porque no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha.

2. Segunda lectura: Lectura de la primera carta del Apóstol San Pedro 1, 17-21

Queridos hermanos: Si llamáis Padre al que juzga a cada uno, según sus obras, sin parcialidad, tomad en serio vuestro proceder en esta vida. Ya sabéis con qué os rescataron de ese proceder inútil recibido de vuestros padres: no con bienes efímeros, con oro o plata, sino a precio de la sangre de Cristo, el cordero sin defecto ni mancha, previsto antes de la creación del mundo y manifestado al final de los tiempos por nuestro bien. Por Cristo vosotros creéis en Dios, que lo resucitó y le dio gloria, y así habéis puesto en Dios vuestra fe y vuestra esperanza.

2.1 Ambientación

Ya vimos el pasado Domingo que la primera Carta de Pedro es un texto dirigido a los cristianos de las cinco provincias romanas de Asia Menor, probablemente en la parte final del siglo I (tal vez por los años 80). Se trata de comunidades del medio rural, pobres y muy vulnerables, en ese contexto de hostilidad que comienza a manifestarse cada vez más contra los cristianos. Las violentas y sistemáticas persecuciones de Domiciano (que se tradujeron, para los cristianos, en masacres, torturas y sufrimientos indescriptibles) están ya en el horizonte próximo (década de los 90).

En este contexto, el autor de la Carta exhorta a los creyentes a mantenerse fieles en su fe, a pesar de la hostilidad y de los sufrimientos. Les invita a mirar hacia Cristo, que pasó por la experiencia de la pasión y de la cruz, antes de llegar a la resurrección; y les exhorta a mantener la esperanza, el amor, la solidaridad, viviendo con alegría, coraje, coherencia y fidelidad a su opción cristiana.

2.2 Mensaje

Nuestro texto es, principalmente, una exhortación a vivir en la santidad (“tomad en serio vuestro proceder en esta vida”, dice el texto).

Para hacer más clara la exhortación, el autor presenta a los creyentes la razón por la que se les invita a la santidad: Dios pagó un alto precio para rescatarnos de la antigua manera de proceder. Y ese precio no fue abonado con oro o con plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, derramada en la cruz.

El verbo utilizado en este contexto es “lytrôô” (“rescatar”). Se trata de un verbo usado en el griego profano para designar la liberación de una persona (normalmente un esclavo), mediante el pago de una cierta cuantía de dinero. En el Antiguo Testamento, sin embargo, el verbo utilizado para designar la liberación llevada a cabo por Yahvé, en favor de su Pueblo, del cautiverio egipcio (cf. Dt 7,8; 15,15), del exilio babilónico (cf. Es 41,14; 43,1), o del pecado (cf. Sal 130,8). En algunos pasajes, asume el sentido de “adquirir”, implícito en la idea de redención: Yahvé rescata a Israel para que pase a ser el Pueblo de Dios (cf. 2 Sm 7,23; 1 Cor 17,21), la tribu de su heredad (cf. Sal 74,2). Decir que Dios “rescata”, con todo, no significa acentuar la idea de un “pago” (Dios no paga ninguna suma de dinero para “rescatar” a su Pueblo), sino que lo que quiere es subrayar la cuestión de la liberación: Dios, en su amor, libera a Israel de la esclavitud y del pecado y hace de él un Pueblo consagrado a su servicio.

Es en este ambiente en el que debemos entender la afirmación del autor de la primera carta de Pedro. Además, la tipología de Éxodo/liberación está bien expresada en la referencia (v. 19) al “cordero sin defecto ni mancha” (cualidades del “cordero pascual”, según Ex 12,5), que recordaba la noche gloriosa de la liberación de la esclavitud de Egipto. La cuestión es esta: Dios amó de tal forma a los hombres que envió al mundo a su propio Hijo (el “cordero” de la liberación) con una propuesta de salvación y de vida nueva para el Pueblo de Dios. El egoísmo y el pecado no acogieron esa propuesta de salvación y mataron a Jesús: ese fue el “precio” del amor de Dios y de su deseo de hacernos llegar la vida plena. Pero, la muerte de Jesús no fue en vano: de su fidelidad a la misión del Padre, de la donación de su vida, nació una comunidad de hombres nuevos, que acogieron la propuesta de Jesús y que aceptaron caminar al encuentro de la vida plena.

El cristiano es, pues, invitado a contemplar el plan de salvación que Dios quiere realizar en favor del hombre y que lleva a Jesús (el Hijo de Dios) a morir en la cruz. Constatando la grandeza del amor de Dios y su voluntad salvífica, el hombre acepta renacer a una vida nueva y santa (incluso en las dificultades y persecuciones). De esa forma, nacerá un Pueblo nuevo, consagrado al servicio de Dios.

2.3 Actualización

La reflexión puede tener en cuenta los siguientes aspectos:

■ Nuestro texto nos invita, lo primero de todo, a contemplar el inmenso amor de Dios por los hombres. Ese amor se traduce en el envío de su propio Hijo (Jesucristo), con una propuesta de salvación. De la fidelidad del Hijo al proyecto del Padre surge su confrontación con el egoísmo y con el pecado y con la muerte en la cruz. No hay mayor expresión de amor que la entrega de la vida en favor de alguien; y es de esa forma como Dios nos ama. ¿Somos conscientes de eso?

■ De la contemplación del amor de Dios tiene que surgir una respuesta de nuestra parte. Según el autor de la primera Carta de Pedro, esa respuesta debe traducirse en una actitud nueva de obediencia a Dios, de entrega incondicional en las manos de Dios, de adhesión completa a sus planes, valores y proyectos. ¿El amor de Dios me inspira y me motiva a vivir con coherencia y fidelidad sus valores?

■ El mundo en el que vivimos potencia más el egoísmo y la autosuficiencia que el amor y la entrega. Los hombres de nuestro tiempo viven, de forma general, vueltos hacia sí mismos, hacia sus pequeños intereses personales y hacia la realización inmediata de sus sueños, deseos y prioridades. Nosotros los creyentes, por nuestra parte, estamos invitados a vivir y a anunciar el estilo de Dios, que es el del amor y de la entrega de la vida hasta las últimas consecuencias. ¿Cuál es la forma que domina mi vida y que yo transmito con mis palabras y con mis formas de actuar: la del amor, de la entrega, de la donación de la vida hasta las últimas consecuencias, o la del egoísmo, del orgullo, del amor propio?

3. Evangelio: Lectura del santo Evangelio según San Lucas 24, 13-35

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. El les dijo: ¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino? Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días? El les preguntó: ¿Qué? Ellos le contestaron: Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves, hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no le vieron. Entonces Jesús les dijo: ¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria? Y comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante, pero ellos le apremiaron diciendo: Quédate con nosotros porque atardece y el día va de caída. Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció. Ellos comentaron: ¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? Y levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once con sus compañeros, que estaban diciendo: Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón. Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

3.1 Ambientación

La historia, que el Evangelio de este Domingo nos presenta, es exclusiva de Lucas: ningún otro evangelista la refiere. El texto nos pone a caminar con dos discípulos de Jesús que, en el día de Pascua, van de Jerusalén a Emaús.

De acuerdo con el autor de nuestro texto, los dos hombres se dirigen hacia una aldea llamada Emaús, a sesenta estadios de Jerusalén (cerca de 12 kilómetros). Una localidad con ese nombre, a esa distancia de Jerusalén es, sin embargo, desconocido. Se pensó que el texto podría referirse a Amwas, una localidad situada a cerca de treinta kilómetros al oeste de Jerusalén (algunos manuscritos antiguos no hablan de sesenta estadios, sino de ciento sesenta estadios, lo que nos situaría en el lugar exacto); sin embargo, parece ser una distancia excesiva para recorrer en un día, sin paradas y con una conversación despreocupada.

Los comentaristas destacan, muchas veces, la intención teológica del relato. ¿Qué significa esto? Significa que no estamos ante un reportaje periodístico de un viaje, sino de una catequesis sobre Jesús. Lo que le interesa al autor no es escribir un relato lógico y coherente (si Lucas estuviese preocupado por la lógica y por la coherencia, tendría más cuidado con la situación geográfica de Emaús; y, ciertamente, explicaría mejor algunas incongruencias del texto, sobre todo porque estos discípulos partieran hacia su aldea en la mañana de Pascua sin investigar los rumores de que el sepulcro estaba vacío y Jesús había resucitado). Lo que le interesa al autor es explicar a los cristianos para los que escribe, en la década de los 80, cómo pueden descubrir que Jesús está vivo y cómo pueden hacer la experiencia del encuentro con Jesús resucitado. Se trata, por tanto, de una página de catequesis, más que de una descripción fidedigna de acontecimientos concretos.

3.2 Mensaje

La escena nos sitúa, en primer lugar, delante de dos discípulos que van camino de Emaús. Uno se llama Cleofás; el otro no es identificado (como si Lucas quisiese decir que podría ser “cualquiera” de los creyentes que entran en contacto con la historia). Los dos se encuentran, claramente, tristes y desanimados, pues sus sueños de triunfo y de gloria al lado de Jesús han quedado derrumbados a los pies de la cruz. Ese Mesías poderoso, capaz de derrotar a los opresores, de restaurar el grandioso reino de David (“Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel”) y de distribuir bienes y honras entre sus colaboradores directos se manifestó, al final, como un rotundo fracaso. En lugar de triunfar, se dejó matar en una cruz; y su muerte es un hecho consumado pues “hace dos días que sucedió esto” (el “tercer día” después de la muerte es el día de la muerte definitiva, del no regreso de la tumba). Abandonan la comunidad, que, de aquí en adelante, no parece ya tener ningún sentido, y regresan a su aldea, dispuestos a olvidar el sueño, a poner los pies en tierra y afrontar, de nuevo, una vida dura y sin esperanza. La discusión entre ellos a propósito de “lo que ha pasado” (v. 14) debe entenderse en este marco: es ese compartir de los sueños truncados lo que hace menos doloroso el desencanto.

En la secuencia, el autor del relato introduce en la escena un nuevo personaje: Jesús. Él se hace compañero de viaje de estos discípulos en camino, les interroga sobre “lo que ha pasado estos días” en Jerusalén, escucha sus preocupaciones, se hace confidente de su frustración.

Los dos hombres cuentan la historia del “maestro” cuya propuesta les sedujo; pero la versión que ellos narran acaba en el sepulcro: falta, en su descripción, la fe en el Señor resucitado, aunque conocen la tradición del sepulcro vacío.

Para responder a las inquietudes de los dos discípulos y para demostrarles que el proyecto de Dios no pasaba por manifestaciones de triunfo humano, sino por el amor hasta las últimas consecuencias y por la donación de la vida, “comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura”.

Es en la escucha y en el compartir de la Palabra como el plan salvador de Dios adquiere sentido: sólo a través de la Palabra de Dios, explicada, meditada y compartida, el creyente puede percibir que el amor hasta las últimas consecuencias y la entrega de la vida no son un fracaso, sino que generan vida nueva y definitiva. La escucha de la Palabra de Dios da a entender al creyente la lógica de Dios y le demuestra que la vida ofrecida como don no es una pérdida inútil, sino que es simiente de vida plena. Los discípulos comprenden, entonces, que “que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria”: la vida plena y definitiva no está, de acuerdo con los planteamientos de Dios, en los éxitos humanos, en los tronos, en el poder; sino que está en el servicio sencillo y humilde a los hermanos, en la donación de la vida por amor, en el compartir todo aquello que somos y que tenemos con los hermanos que caminan a nuestro lado por los caminos de la vida.

Los tres (Jesús, Cleofás y el discípulo no identificado) llegan, finalmente, a Emaús. Los discípulos siguen sin reconocer a Jesús, pero le invitan a quedarse con ellos. Él acepta y se sienta a la mesa. Mientras comían, Jesús “tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio”. Las palabras utilizadas por Lucas para describir los gestos de Jesús evocan la celebración eucarística de la Iglesia primitiva. De esa forma, Lucas recuerda a los miembros de su comunidad que es posible encontrar a Jesús vivo y resucitado -ese Jesús que, por amor aceptó la cruz, pero que continúa haciéndose compañero de camino de los hombres que caminan por la historia- en la celebración eucarística dominical: siempre que los hermanos se reúnen en el nombre de Jesús para “partir el pan”, Jesús está allí, vivo y actuante, en medio de ellos. La cena de nuestra historia sitúa a los discípulos volviendo a tomar el camino, regresando a Jerusalén y anunciando a los hermanos que Jesús está, efectivamente, vivo.

Cuando Lucas escribe su Evangelio (década de los 80), la comunidad cristiana se enfrentaba a algunas dificultades. Habían pasado cerca de cincuenta años desde la muerte de Jesús, en Jerusalén. La catequesis decía que él estaba vivo; pero, en el día a día de una vida monótona, cansina y llena de dificultades, era difícil realizar esa experiencia. Los testigos oculares de Jesús habían desaparecido y los acontecimientos de la pasión, muerte y resurrección parecían demasiado distantes, ilógicos e irreales. “¿Si Jesús resucitó y está vivo, cómo puedo encontrarlo?; ¿dónde y cómo puedo realizar una verdadera experiencia de encuentro real con ese Jesús que la muerte nos consiguió vencer?; ¿por qué él no se nos aparece de forma gloriosa y no instaure un reino de gloria y de poder, que nos haga triunfar definitivamente sobre nuestros adversarios y detractores?”; preguntaban los creyentes de las comunidades lucanas.

A esto es a lo que el catequista Lucas va a intentar responder. Su mensaje se dirige a esos creyentes que caminan por la vida desanimados y sin rumbo, cuyos sueños parecen deshacerse en el encuentro con la realidad monótona y difícil de cada día.

Lucas dice: nosotros podemos tener delirios de grandezas y soñar con intervenciones espectaculares y decisivas de Dios en la historia humana; pero esos no son las formas como Dios se manifiesta. No será con una intervención de ese tipo como descubriremos a Jesús, vivo y resucitado. Sin embargo, él está vivo y camina a nuestro lado por los caminos del mundo. Muchas veces, no conseguimos reconocerlo, pues nuestros corazones están llenos de perspectivas equivocadas acerca de lo que él es, de sus métodos y de lo que pretende; pero, a pesar de todo, él se hace nuestro compañero de viaje, camina con nosotros paso a paso, alimenta nuestro caminar con la esperanza que brota de su Palabra, se hace el encontradizo en el compartir el pan (eucaristía).

En la catequesis lucana aparece, sobre todo, la idea de que es en la celebración comunitaria de la eucaristía como los creyentes hacen la experiencia del encuentro con Jesús vivo y resucitado. Nuestra narración presenta el esquema litúrgico de la celebración eucarística: la liturgia de la Palabra (“les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura”, que permite que los discípulos entiendan los designios de Dios en relación con Jesús) y la liturgia de la Eucaristía (el “partir el pan”, que hace que los discípulos entren en comunión con Jesús, reciban de él vida y que lo reconozcan en esos gestos que son el “memorial” de la donación de la vida y de la entrega a los hombres). Hay, todavía, un último mensaje: después de hacer experiencia de encuentro con Cristo vivo y resucitado en la celebración eucarística, cada creyente es, implícitamente, invitado a volver al camino, a dirigirse al encuentro de los hermanos y a testimoniar que Jesús está vivo y presente en la historia y en el caminar de los hombres.

3.3 Actualización

En la reflexión, considerad las siguientes cuestiones:

■ En nuestro caminar por la vida, tenemos, frecuentemente, la experiencia del desencanto, del desaliento, del desánimo. Las crisis, los fracasos, el desmoronamiento de aquello que juzgábamos seguro y en lo que habíamos apostado todo, la quiebra de nuestros sueños nos dejan frustrados, perdidos, sin perspectivas de futuro. Entonces, parece que nada tiene sentido y que Dios ha desaparecido de nuestro horizonte. Sin embargo, la catequesis de Lucas nos asegura que Jesús, vivo y resucitado, camina a nuestro lado. Él es el compañero de viaje que encuentra formas para venir a nuestro encuentro, aunque no siempre seamos capaces de reconocerlo, y llenar nuestro corazón de esperanza.

■ ¿Cómo nos habla? ¿Cómo hace renacer en nosotros la esperanza? ¿Cómo nos comunica ese plus de entusiasmo que nos permite continuar adelante? Lucas responde: a través de la Palabra de Dios, escuchada, meditada, compartida, acogida en el corazón, es como Jesús nos indica los caminos, nos señala perspectivas nuevas, nos da el coraje de continuar, después de cada fracaso, construyendo un mundo más hermoso. ¿Qué papel desempeña la Palabra de Dios en mi vida? ¿Soy consciente de que Jesús me habla y me señala caminos de esperanza a través de su Palabra?

■ ¿Cuándo los ojos de nuestro corazón se abren para descubrir a Jesús, vivo y actuante? Lucas responde: en el compartir el Pan eucarístico. Siempre que nos sentamos a la mesa con la comunidad y compartimos el pan que Jesús nos ofrece, nos damos cuenta que el Resucitado continúa vivo, caminando a nuestro lado, alimentándonos a lo largo del camino, enseñándonos que la felicidad está en la donación, en el compartir, en el amor. Siempre que nos juntamos con los hermanos alrededor de la mesa de Dios, celebrando en la alegría y en la fiesta el amor, el compartir, el servicio, encontramos al Resucitado llenando nuestra vida de sentido, de plenitud, de vida auténtica.

■ ¿Y cuando lo encontramos? ¿Qué hacemos? Lucas responde: Tenemos que llevarlo hacia los caminos del mundo, tenemos que compartirlo con nuestros hermanos, tenemos que decir a todos que él está vivo y que ofrece a los hombres (a través de nuestros gestos de amor, de compartir, de servicio) la vida nueva y definitiva.

ALGUNAS SUGERENCIAS PRÁCTICAS PARA EL 3º DOMINGO DE LA PASCUA

1. La liturgia meditada a lo largo de la semana.

A lo largo de los días de la semana anterior al 3º Domingo de Pascua, intentad meditar la Palabra de Dios de este domingo. Meditadla personalmente, una lectura cada día, por ejemplo. Elegid un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo parroquial, en un grupo de padres, en un grupo de un movimiento eclesial, en una comunidad religiosa.

2. Las dos mesas de la misa.

La misa está estructurada con el mismo esquema que el Evangelio de los discípulos de Emaús. Tiene dos partes, que constituyen las dos mesas: la liturgia de la Palabra y la liturgia de la Eucaristía.

En este domingo, para significar la unidad entre la mesa de la Palabra y la mesa de la Eucaristía, el ambón de la Palabra y el altar del pan y del vino podrían tener una decoración floral de igual importancia.

3. Un verdadero Aleluya pascual.

En este tiempo de Pascua, procúrese que el Aleluya sea un verdadero Aleluya de Pascua, con carácter festivo y de aclamación. A veces, por demasiado repetida, la melodía utilizada no tiene el impacto festivo que debería tener...

4. Oración en la lectio divina.

En la meditación de la Palabra de Dios (lectio divina), se puede prolongar la acogida de las lecturas con la oración.

Al final de la primera lectura: Padre nuestro, te damos gracias por tu Hijo Jesús. En él realizaste lo que los profetas anunciaron; Tú lo resucitaste de entre los muertos y lo elevaste en tu gloria. ¡Bendito seas! Padre, como tu Hijo Jesús, miramos hacia ti continuamente y te pedimos: muéstranos el camino de la vida, derrama sobre nosotros tu Espíritu.

Al final de la segunda lectura: Te bendecimos por Jesucristo, el Cordero sin pecado y sin mancha, cuya preciosa sangre nos liberó. Por Cristo resucitado, ponemos en ti nuestra fe y nuestra esperanza. Te invocamos como Padre nuestro, a ti que no haces distinción entre los hombres y que das sentido a nuestras existencias: libéranos del error.

Al final del Evangelio: Bendito seas, Señor Jesús, tú que caminas por nuestros caminos, a nuestro lado, para hacernos entender las Escrituras. Te damos gracias por el Pan partido y por la revelación de tu resurrección. Te pedimos que nos hagas estar atentos a tu presencia; cura nuestros corazones, tan tardos para creer; quédate con nosotros, cuando se aproxima la noche, e ilumina nuestro caminar.

5. Plegaria Eucarística.

Podría optarse por la Plegaria Eucarística para las Circunstancias Especiales, por su referencia explícita a los discípulos de Emaús.

6. Palabra para el camino.

¡Emaús!

Es la historia de cada día:

- nuestros ojos cerrados que no reconocen al Resucitado...
- nuestros corazones que dudan, bloqueados por la tristeza...
- nuestros viejos sueños que se tornan en decepción...
- nuestro caminar, tal vez, apartándonos del Resucitado...

Durante este tiempo, ajustemos nuestro paso al suyo para caminar junto a él por el camino de la vida.

Es urgente abrir nuestros ojos para reconocer su presencia y su acción en el corazón del mundo y para comunicar la Buena Noticia: ¡Dios resucitó a Jesús! ¡Esa es nuestra fe!